

dominó el imaginario y las referencias del patrimonio nacional y Ouro Preto fue su principal territorio. Económicamente vacía, la ciudad fue usada como materia prima para un laboratorio de nacionalidad de inspiración modernista dejando la población que allí vivía subordinada a esa visión idealizada.

2

La mayor contribución del Renacimiento a la arquitectura urbana fue concebir la ciudad como un producto humano y como objeto de estudio de una nueva ciencia, específica y autónoma: el urbanismo. Sin embargo, la ciudad nueva, planeada a partir de un trazado y de un sistema de defensa no encuentra suficientes oportunidades de ejecución en Europa. Lewis Mumford nos informa que a excepción de las ciudades coloniales ultramarinas, las ciudades nuevas construidas del siglo XVI al XIX, fueron más bien ciudadelas militares o de residencia para reyes y príncipes, como Versalles, Karlsruhe, Potsdam y Londonderry. La única ciudad nueva construida en Europa en este periodo es Palmanova (1593), concebida como puesto de defensa de la República de Venecia y conformada por un trazado radial en concordancia con un perímetro fortificado. Según Christian Norberg-Schulz, Palmanova es la primera ciudad moderna de Europa. En ese sentido, la urbanización de América fue un gran laboratorio urbano y no se puede entender el Renacimiento sin incluir el análisis de la práctica al otro lado del Atlántico:

Cuando Bramante, Rafael, Leonardo, Miguel Ángel, Giorgione y Tiziano llevan hasta el límite la búsqueda estilística iniciada en el siglo XV, un grupo de artistas y técnicos más modestos trabajaba para aplicar literalmente en mayor escala los modelos ya definidos, seleccionando más o menos premeditadamente los caracteres transmisibles dentro de aquellos que no lo eran.

Las ciudades construidas durante el periodo colonial no son ni renacentistas ni barrocas. Ellas surgen como producto de la tradición urbana milenaria, en un proceso de transferencia de conocimiento e interrelación entre el saber erudito –transmitido principalmente por los ingenieros militares– y el saber popular. La transferencia consiste en la selección, síntesis y reelaboración de los elementos urbanos a ser implementados. Este proceso

según Ramón Gutiérrez es la condensación de los tiempos históricos y la integración de los momentos artísticos

Desde la remodelación de Tenochtitlán, después de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de urbe de que fueron capaces los americanos, la Brasilia de Lúcio Costa y Oscar Niemeyer, la ciudad latinoamericana vino siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscrita en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad pasaba a ser un sueño de un orden y encontró en las tierras del nuevo continente el único lugar propicio para encarnar.

Nos atrevemos a afirmar que la ciudad colonial iberoamericana constituye de hecho, un tipo específico, dentro de una categoría mayor de ciudad tradicional, anterior al Movimiento Moderno. Por ser consecuencia de un proceso sociopolítico y económico de colonización es una ciudad nueva y tiene implícita en su origen la planeación, siendo el trazado el instrumento regulador esencial. El trazado, en su proceso de adaptación a las determinantes locales –adaptación al lugar, la estrategia de defensa, suministro de agua y recursos, etc–, en busca de un orden espacial, pasa por diferentes grados de deformación geométrica, lo que condiciona la forma y el posicionamiento de las partes, o sea de los elementos de la arquitectura urbana tales como la plaza, la calle, la manzana, los edificios singulares y la estructura predial, generando una diversidad y riqueza de situaciones espaciales:

3

El último aspecto que abordaremos es la evolución de los conceptos que determinaron los análisis comparativos de las ciudades coloniales de origen español y de origen portugués.

En la literatura especializada más divulgada predominan sistemas de clasificación morfológica de los trazados sobre la base de una noción de orden asociada a esquemas geométricos más o menos regulares. Como anota José Luis García Fernández las analogías del sistema viario y del tejido de parcelamiento son insuficientes si no entran otros factores más relevantes como el dimensional, que evidencian diferencias muy importantes. Por ejemplo, las grandes extensiones del nuevo continente así como las proporciones monumentales de los asentamientos de las culturas preco-

lombinas más avanzadas superaban la escala de las propuestas urbanas realizadas en el ámbito europeo.

Los primeros análisis comparativos presentan conceptos polarizados e irreconciliables tales como orden, desorden, regularidad e irregularidad, destacando más las diferencias que las semejanzas. Por ejemplo, para Sergio Buarque de Holanda, la ciudad de origen español es fruto de la abstracción y del orden mental mientras que la brasileña es producto del desorden y del azar:

La ciudad que los portugueses construyeron en América no es producto mental, no llega a contradecir el cuadro de la naturaleza y su silueta se enlaza a la línea del paisaje. Ningún rigor, ningún método, ninguna previsión, siempre ese significativo abandono que contiene la palabra «descuido».

Igualmente, Robert Smith resalta las aparentes diferencias entre las ciudades de origen español y portugués, relacionando la ciudad de origen portugués a la tradición medieval y a una imagen de confusión pintoresca y la de origen español a la tradición renacentista. Afirma el autor que para los españoles sirvieron de antecedentes los postulados de Vitruvio y de los teóricos del Renacimiento, las ciudades romanas, y Santa Fe de Granada mientras que los portugueses jamás seguirían un código, siendo sus ciudades peninsulares, en especial Lisboa con su estructuración en ciudad alta y ciudad baja, el modelo constante.

Autores más recientes demuestran que en el Brasil sí fue desarrollada una ciudad regular y planeada, fruto del conocimiento erudito de los ingenieros militares. Néstor Goular Reis Filho explica que desde la fundación de las primeras ciudades brasileñas, hubo un principio de ordenación que se perfecciona a lo largo del siglo XVIII. Por ejemplo: en el núcleo fundacional de la ciudad alta de Salvador de Bahía observamos una cuadrícula deformada en función de la topografía. Roberta Marx Delson analiza el programa de colonización impulsado por el Marqués de Pombal a partir de la segunda mitad del XVIII, mediante la fundación de una red de nuevas villas basadas en trazados ortogonales y el fomento a la migración de azorianos.

Si observamos los trazados de las ciudades coloniales españolas y portuguesas en América, notamos que predominan las semejanzas por el hecho de tener el trazado como común denominador y que las diferencias más relevantes resultan de la implantación y adaptación al lugar, así como de otras circunstancias específicas, no siendo un factor determinante que sean españolas o portuguesas.



Montevideo. Vista desde el puerto. Foto de Salvador Schelotto.